

cribió el poeta las tiernas quejas que forman toda la poesía; perfectamente estudiado el tipo, hay en ella lo necesario para que no pueda haber duda de qué sér parten, y tanto hay en ella de amor tierno y purísimo como de celos, sentimientos concentrados siempre en los nacidos en aquellos países donde el sol abrasa. Oriental perfecta, la oda á que nos estamos refiriendo, pudiera creerse que es del inimitable Arolas, y por su forma correcta y pura se la tomaría sin reparo como obra de uno de los más ilustres maestros.

Ora tal vez la hermosa en blando lloro
Mojará su blanquísima mejilla,
Y suelto al aire su cabello de oro,
Sobre la arena hincada la rodilla,
Acaso volverá sus ojos tiernos
Y entre ambas manos á esta triste orilla.
Ó qué sé yo si al resplandor divino
De esa luna tranquila y apacible,
Asida al brazo de un rival amado,
Palpitará su corazón sensible
Como otras veces palpité á mi lado.

En ausencias de amor así dice quien siente bien, y Carpio no podía decir de otra manera; quién sabe si en alguna ocasión aquel hombre, en quien tanto dominaba la razón, la sentiría vasalla del sentimiento, y experimentaría, al par que el amor, que tanto consuela, los celos, que tanto mortifican; cosas ambas que no se comprenden la una sin la otra, y que por sí ninguna se aminora, sino que sirven de com-

plemento. En el amor á una mujer no cabe participación; se quiere todo y se es egoísta cuando se ama, porque todo se cree poco para satisfacer el anhelo que se siente: no hemos podido nunca explicarnos que suceda de otra manera, y es porque jamás sucede; amor sin que se sientan celos hasta del aire, no es amor, no es la pasión que llevaba al poeta á decir por boca del *Turco* melancólico:

Por piedad, una lágrima te pido;
Tengo hincada en el suelo una rodilla;
Una lágrima sola de ternura
En recompensa de mi fe sencilla.

.....
.....

Alzando á ratos mi semblante adusto
Pídole al cielo que dichosa seas,
Pídole al cielo que otra vez me veas
En la mansión espléndida del justo.

Cuitas y penas que arrancan lamentaciones, y lágrimas que se lleva el aire, cuando no son hechas plásticas por las sobresalientes condiciones de un poeta como Carpio que, fiel intérprete de lo sentido y pensado, en una situación cualquiera en que se fije, sabe estereotiparla y trasladarla así á los demás, para que puedan ver por dentro un pecho enamorado. Cierto es que, como obra humana, esta composición adolece de algunos defectos; pero hay que buscarlos con diligencia y cuidado para que no pasen desapercibidos, pues son muy tenues. Haciendo juego con la que hemos reseñado,

la que titula *Ausencia* no desmerece en nada y abunda en el mismo sentir, y lo mismo que tantas otras, como nos llevaría mucho tiempo y mucho espacio si quisiéramos analizarlas con la detención que merecen.

Uno de los géneros á que más predilección parece haber mostrado Carpio es al *soneto*, rima harto difícil, que, según dicen, inventó *Apolo* para mortificar á los poetas, y que no debe haber mortificado poco al poeta en que nos estamos ocupando: muchos en número los suyos, creemos que no perdería nada una nueva edición de sus obras con que se suprimieran varios, del mismo modo que afirmamos que entre los que quedaran los habría de haber dignos de competir con los buenos que haya hecho el que mejor ha manejado este metro.

El soneto, por la brevedad de sus términos y por el número de condiciones que tiene prescritas, rara vez responde al deseo, y queda unas veces sobradamente ancho y otras estrecho en demasía: tal vez en los sonetos sea donde más lunares se puedan hallar á Carpio; pero suyo es también el que vamos á transcribir, y que no dudamos apetecerían muchos de los que no pocos versos han escrito, para tener algo digno de que se les alabara, por ser un verdadero ejemplo de belleza y de verdad:

Sentado Bonaparte en una altura
En la orilla del mar de Santa Elena,
Al triste rayo de la luna llena
Meditaba en su inmensa desventura.

Recordaba entre sí con amargura
Las turbulencias del sangriento Sena;
El Tabor, las Pirámides y Jena,
Y de César-Augusta la bravura.
Ved, exclamó, las palmas de Marengo,
Los campos de Austerlitz de sangre rojos,
Donde las rusas águilas contengo.
De la Europa me siento en los despojos;
Mas de tanto triunfar, ¿qué premio tengo?
Las lágrimas que ruedan de mis ojos.

Sin duda que nuestro poeta comprendió que hay cosas que no merecen la reconvención dura y formal, pues que así no se castigan, sino que hay que emplear en contra suya el látigo terrible del ridículo. De esta consideración surgieron sin duda sus cáusticos epigramas, encaminados á censurar los vicios latentes que encarnan allá en el corazón de tantos. Hombre del estado civil, sin que á su pecho mortificara ni poco ni mucho la pasión de figurar, castigó en brevísimas composiciones el afán de intrigar y figurar que ha engendrado tantos generales, término de laboriosa y difícil carrera que algunos, gracias á la audacia, arbitran para principiarla, por lo que no les queda otro remedio que batallar por el ascenso inmediato, que es en aquellos países la presidencia de la República.

Me he pronunciado diez veces
Contra el poder nacional,
¡Y apenas soy General!

Dice el poeta con sobrada gracia, adivinando

el pensamiento que en tantos de sus compatriotas ha dominado siempre, y con ellos mismos sin duda, dice en otra composición de las que se asemejan á la abeja:

Diez y ocho revoluciones
Sólo he formado hasta el día.
¡Y me llaman todavía
Revolto los bribones!

Tal vez ya en sus días se daban muestras de esa literatura, capaz de trastornar á los cerebros mejor organizados, cuando la señala diciendo:

Este drama si está bueno,
Hay en él monjas, soldados,
Locos, ánimas, ahorcados,
Bebedores de veneno
Y unos cuantos degollados.

Y rancio achaque es entre los americanos venir á prodigar su dinero á París, agotando la salud en vanos placeres é inmundas orgías, que les conducen al sepulcro después de haberlos descompuesto en vida, y que, sin embargo, es el haber estado en la moderna Babilonia su mayor timbre de gloria, cuando el poeta, emitiendo una carcajada en burla de ellos, decía en dos versos:

¡Todo lo sabe Don Luis!
¡Como que estuvo en París!

Hemos procurado dar á conocer, sin faltar á la justicia, á uno de los más sobresalientes

poetas que México tiene; nada importan para nosotros prevenciones injustificadas ni reservas á que muchos se ven conducidos por parcialidades censurables. ¡Ojalá y los que aspiran á poetas pensaran como pensamos nosotros, y al par que los modelos de antiguo recomendados, estudiaran á Carpio, pues en él aprenderían tanto bueno, que algo podrían hacer brillar en sus obras! Muerto ya, por desgracia para las letras mexicanas, nunca podrá entenderse que fueron nuestras alabanzas encaminadas á recibir gracias, que como nunca esperamos, jamás echamos de menos, y si á más allá del sepulcro le alcanzó alguna censura, créase hija del deseo que tenemos de ser justos siempre, cueste lo que cueste.

